

Homilía de II Domingo de Navidad

Año litúrgico 2014 - 2015 - (Ciclo B)

“La Palabra se ha hecho carne y acampó entre nosotros.”

Introducción

No cabe la menor duda de que la “palabra” es el instrumento más asequible para la comunicación entre las personas. La “palabra” transmite pensamientos, sensaciones, estados de ánimo y, sobre todo, la cercanía o el distanciamiento entre las personas. Sin embargo, sobre el valor de la “palabra” en las relaciones sociales, hemos escuchado con frecuencia expresiones como “las palabras se las lleva el viento”, “obras son amores y no buenas razones”, etc.

Con estas expresiones se quiere significar que las buenas palabras, los buenos propósitos y las halagüeñas promesas son fáciles de pronunciar, pero difíciles de poner en práctica, cuando lo que todos buscamos en la vida son “hechos”, “hechos”, y no hueca palabrería. Las buenas “palabras”, si no van acompañadas de obras, suelen carecer de valor en nuestras relaciones humanas.

Sin duda todos hemos advertido que en la liturgia del Tiempo de Navidad, que estamos celebrando desde el día 25 de diciembre, se repiten una y otra vez algunos textos. Diríase que el hecho de que el Hijo de Dios haya nacido en carne humana es un misterio de dimensiones tan por encima de las posibilidades de la mente humana que, con la repetición de algunos textos, lo que pretende la Iglesia es favorecer el que los cristianos nos empapemos a fondo del mensaje principal de este misterio, a saber, que Dios se ha encarnado, que Dios se ha hecho hombre en carne humana.

Esta afirmación vuelve a ocupar el centro de la celebración de la Misa de este domingo. Las tres lecturas proclaman la misma verdad de fe. Dios quiere morar entre los hombres (1^a lectura); se introduce en la historia humana asumiendo los caracteres propios de la condición humana (2^a lectura); y se presenta ante el mundo con un cuerpo carnal como el de cualquier otra persona (Evangelio). “La Palabra se ha hecho carne y acampó entre nosotros”. Para la liturgia de hoy, así se ha realizado la “Encarnación”.



Fr. Roberto Ortúñoz O.P.
Torrent-Vedat (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La sabiduría hace su propia alabanza, encuentra su honor en Dios y se gloría en medio de su pueblo. En la asamblea del Altísimo abre su boca y se gloría ante el Poderoso. «El Creador del universo me dio una orden, el que me había creado estableció mi morada y me dijo: “Pon tu tienda en Jacob, y fija tu heredad en Israel”. Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y nunca más dejaré de existir. Ejercí mi ministerio en la Tienda santa delante de él, y así me establecí en Sión. En la ciudad amada encontré descanso, y en Jerusalén reside mi poder. Arraigué en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad».

Salmo

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20 R/. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros

Glorifica al Señor Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión. Que ha reforzado los cerros de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/. Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz. R/. Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 3-6. 15-18

Bendito sea el Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo, antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. Por eso, habiendo oído hablar de vuestra fe en Cristo y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbría a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Pautas para la homilía

Dios quiere habitar cerca de los hombres

En nuestra vida familiar, cuando un hijo/a decide casarse, los padres —sobre todo las madres— suelen insistirle en que su domicilio no lo establezcan muy lejos del hogar paterno. ¿Para controlar mejor su nuevo estado de vida, para ayudarle más fácilmente en caso de necesidad, etc. o sencillamente porque desean que el hogar de sus hijos sea como una prolongación del hogar en el que nacieron y crecieron juntos?...

Dios quiere vivir entre los hombres, sus hijos, para velar por que no perdamos su "imagen", marcada en nosotros en el momento de nacer. Desde el principio somos hijos de Dios y por razón de nuestro origen estamos destinados a vivir siempre como hijos de Dios. Desde siempre Dios sabía que los hombres, creados a su imagen y semejanza, muy pronto caerían esclavos del pecado, que los apartaría de su creador y que iría borrando los mejores rasgos con que fue formado. Por eso en las Sagradas Escrituras manifiesta reiteradamente su voluntad de vivir cerca de sus criaturas. No le mueve un afán de control o de vigilancia policial, sino el deseo de velar de cerca para los humanos crezcamos y desarrollemos nuestra personalidad de acuerdo con el ser que Él nos ha dado, en suma, que disfrutemos de la convivencia con el Padre y la de todos los hijos de Dios.

Dios habla a sus hijos con Palabras de ternura

Otra característica de los textos sagrados que se repiten en este Tiempo de Navidad es el clima "familiar" e "íntimo" en el que se proclaman. San Pablo, escribiendo a Tito, le habla de "la gracia de Dios, nuestro Salvador, que ha manifestado su benignidad y amor a los hombres con la venida de Cristo" (texto recogido en la Misa de la Aurora de Navidad). Y el autor de la carta a los Hebreos (texto recogido en la Misa del día de Navidad) expresa el carácter "personal" y "amistoso" de Dios con la humanidad con estas palabras: "En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas. Ahora, ha hablado por el Hijo, Palabra del Padre". Cuanto se dice en la parábola del hijo pródigo acerca del amor y delicadeza con que el padre de familia trata a sus dos hijos, hemos de aplicarlo en general al trato de Dios con los hombres a través de su Palabra.

Jesús es la "Palabra" de Dios encarnada

Las palabras de un discurso podemos "oírlas" directamente, asistiendo a la conferencia. Además de "oírlas" podemos "escucharlas", "estar atentos" y "receptivos" a lo que expresan. Podemos "oírlas" y "escucharlas" en una grabación. Pero hemos de reconocer que la mejor forma de "oírlas" y "escucharlas" es viéndolas "plasmadas" o "reproducidas" en una obra de arte, o "encarnadas", vividas en carne y hueso por una persona.

Esto último es lo que las lecturas de este domingo tratan de inculcarnos: "ver" en la vida de Cristo la encarnación del misterio de Dios, y "ver" en la vida de los cristianos, en la vida de la Iglesia, la encarnación de la palabra de Dios hecha presente en Jesús.

Vino a su casa y los suyos no le recibieron

W. Borchert en su obra «Fuera ante la puerta» pregunta: «¿Dónde está ese viejo que se llama Dios? ¿Por qué no habla? ¡Responded! ¿Por qué os calláis? ¿Por qué...? Nadie, nadie responde... ¿Dónde estás tú, el que sueles estar siempre en todas partes?».

Para muchos contemporáneos, Dios se ha quedado mudo para siempre. No habla. Se ha convertido en un viejo personaje lejano y extraño. Algo que se va difuminando poco a poco en medio de las nieblas del alma. Hombres que tenían fe, la han ido perdiendo, y ya no saben cómo recuperarla. Hombres que tenían confianza en Alguien, han ido sufriendo decepciones dolorosas a lo largo de la vida, y ya no saben cómo volver a confiar. Hombres que un día rezaron, y de cuyo corazón no puede elevarse hoy invocación ni súplica alguna. Cuántos hombres y mujeres viven, sin confesarlo, en una especie de ateísmo cotidiano.

Pero también hay quienes buscan a Dios sinceramente, pero su búsqueda se hace difícil y dura. ¿Cómo creer que Dios es bueno, cuando millones de personas mueren de hambre y buscan sedientos un agua que no llega? ¿Cómo creer en un Dios que se calla cuando los hombres aplastan la libertad, se destruyen unos a otros, y hacen imposible la convivencia? ¿No tenemos derecho también nosotros a gritar con el salmista: «¿Por qué, Señor, escondes tu rostro? ¿Por qué duermes?» Ante tanta injusticia, fracaso y dolor, ¿dónde está Dios?

En el evangelio de hoy encontramos la respuesta. Dios ha venido al mundo: «Ha venido a su casa, y los suyos no le han recibido». A Dios no hay que buscarlo en lo alto del cielo, gobernando el cosmos con poder inmutable, o dirigiendo la historia de los hombres con mirada indiferente. Dios está aquí, con nosotros, entre nosotros. Dios está precisamente donde los hombres han dejado de buscarnlo. Dios está en un hombre que nació pobemente en Belén, fue maltratado por la vida, y terminó ejecutado sin poderío ni gloria, en las afueras de Jerusalén.



Fr. Roberto Ortúño O.P.
Torrent-Vedat (Valencia)

Evangelio para niños

II Domingo de Navidad - 4 de enero de 2015



Prólogo de Juan

Juan 1, 1-18

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad....

Explicación

Jesús es la mejor palabra que Dios ha pronunciado para nosotros. Y esa palabra se hizo niño en Jesús, el hijo de María. Y vivió haciendo el bien. Muchos le rechazaron porque denunciaba sus faenas y trampas, pero otros le acogieron y, con su luz, han podido ver, con claridad, que Dios es Padre y las personas son hermanos.